



En la zona ciega. Palestina, Chile y el reformateado de las violencias

In the *blind spot*: Palestine, Chile and the reformatting of violence

Resumen

Los escritos de Lina Meruane sobre Palestina y las recientes revueltas en Chile son una herramienta formidablemente útil para arrojar luz sobre las mutaciones recientes de la violencia. Contrariamente a la tradición biopolítica anterior que defendía la politización de la muerte como el umbral de los movimientos entre gubernamentalidad y soberanía, estas nuevas configuraciones operan menos en torno a la muerte que en torno a la mutilación y el debilitamiento del cuerpo. La violencia en Palestina y Chile, heterogénea en sus raíces y demandas, refleja similitudes que hablan de una reconfiguración de la violencia y la brutalidad dentro del marco “legal” del Estado democrático liberal. La escritura literaria de Meruane se revela especialmente apta para captar estas mutaciones precisamente porque reflexiona, más que sobre el análisis sociológico o politológico, sobre las reconfiguraciones sensoriales de los cuerpos y los afectos.

Palabras clave: literatura latinoamericana; guerra civil; mutilación; neofascismos.

Abstract

Lina Meruane's writings on both Palestine and the recent revolts in Chile is a formidably useful tool to shed light on recent mutations of violence. Against the previous biopolitical tradition that argued the politicization of death as the threshold of the movements between governmentality and sovereignty, these new configurations operates less around death than around body mutilation and weakening. The violence in Palestine and Chile, heterogeneous in its roots and demands, reflects similarities that speak of a reconfiguration of violence and brutality within the “legal” frame of the liberal democratic State. Meruane's literary writing reveals itself as especially apt to capture these mutations precisely because it reflects, more than sociological or politological analysis, on the sensorial reconfigurations of bodies and affects.

Keywords: Latin American literature; civil war; mutilation; neofascisms.

Dr. Gabriel Giorgi
Universidad de Nueva York
Nueva York, Estados Unidos
gag206@nyu.edu

–
Recibido: 08/07/2024
Aceptado: 30/09/2024

Introducción

La escritura de Lina Meruane es una *correa de transmisión*. Transmite señales entre localizaciones y geografías que no tienen circuitos de conexión evidentes: arma campos de resonancia, anudamientos inéditos, contigüidades inesperadas. Activa cartografías nuevas y líneas de memorias y temporalidades: compone así nuevas ecuaciones entre territorios y tiempos. Esa correa de transmisión que se hilvana en la escritura de Meruane tiene una coordenada clara: la que se traza entre Palestina y Chile (y entre, me atrevería a decir, entre Palestina y América Latina.) Esa es una coordenada *planetaria* en el sentido en que pensamos lo planetario hoy: no como sinónimo de lo “global” sino como su revés, como la irrupción de lo terrestre –y de las violencias que vienen con ello de la mano de la *desposesión territorial* como modo de gobierno en el presente–, y como rasgadura de los imaginarios globales que fueron nuestra cultura hasta no hace mucho. Esta coordenada planetaria y esa irrupción de lo terrestre reorganiza mapas y contigüidades: qué está al lado de qué, qué *vecindades planetarias* tienen lugar en un momento dado. Y la contigüidad planetaria que se organiza en la escritura de Meruane pone uno al lado del otro dos territorios: Chile y Palestina. Esa contigüidad ilumina una figura histórica particular: *la de un nuevo formateado de la violencia en el corazón de las llamadas “democracias liberales”*. La secuencia donde se lee ese formateado de la violencia se hace evidente cuando ponemos juntos (y la crítica es eso: el *arte de poner juntos materiales* y preguntarse por las condiciones históricas, conceptuales y sensibles de esa reunión) dos textos claves: *Palestina en pedazos* y *Zona ciega*, ambos, sintomáticamente, del 2021, aunque en ambos casos reúnen textos publicados previamente (sobre todo *Palestina en pedazos*, que reorganiza materiales que venían de *Volverse Palestina*, del 2014.) Más específicamente, el efecto crítico que quiero interrogar se traza entre “Matar al ojo”, de *Zona ciega* (Meruane, 2021a), y “Volverse Palestina”, de *Palestina en pedazos* (Meruane, 2021b).

¿Qué sucede en estos textos? “Matar al ojo” (Meruane, 2021a) oscila entre el ensayo y la crónica para documentar y pensar las imágenes que le llegan a Meruane a la pantalla de su computadora desde Santiago en los meses de la insurrección entre el 2019 hasta el 2020, cuando una disputa por el precio del transporte público se vuelve la mecha de un levantamiento popular contra el modelado neoliberal de la sociedad chilena desde la transición democrática hasta el presente. Texto hecho de fragmentos, de irrupciones, que no organiza un panorama general sino una serie abierta y heterogénea de momentos que, situando la centralidad del ataque a los ojos en la represión chilena, la enmarca en una tecnología global de la mutilación como modo de gestión y de control de poblaciones y de insurrecciones. Un foco en la mirada, en las imágenes y en las consignas vistas y leídas para confluir en el principal eje que le da título al texto: la técnica de la mutilación ocular como procedimiento represivo, que produjo aproximadamente 352 víctimas de “trauma ocular”, en algunos casos con pérdida total de la visión¹.

“Volverse Palestina”, por su parte, es una crónica sobre la experiencia de Meruane en torno a la diáspora palestina, empezando por la de la propia familia en Chile, y siguiendo con su experiencia como migrante en Nueva York. La crónica

¹ Ver al respecto Durán Rojas, C. & Vetö Honorato, S. (2021).

tiene una escena inicial deslumbrante: en un taxi neoyorquino, Meruane y el conductor intercambian señales compartidas: las inflexiones del acento árabe en la conversación en inglés, los ojos (“de mi abuelo”, escribe Meruane) en el espejo retrovisor. Luego de la breve conversación, Jaser, el taxista, le dice, asertivo: “Usted es una palestina, usted es una exiliada. ¿Usted no conoce su tierra?” (Meruane 2021b, p.40) La relación de Meruane con sus ancestros palestinos hasta ese momento era, podríamos decir, *abstracta*: pocos lazos, poca memoria familiar, empezando por un padre que no quiere volver a la tierra de origen –relación similar, adivino, a la que muchxs argentinxs, hijxs y nietxs de inmigrantes, tenemos con los linajes bajos, con escaso archivo, de esxs europexs pobres que llegaron durante el siglo XX. Pero, evidentemente, a diferencia de España o Italia, Palestina es una tierra en disputa feroz: eso reconfigura radicalmente los modos de la memoria, del olvido, del lazo y de la propia herencia. Meruane se embarca en un viaje físico pero también afectivo, cultural y político que se conjuga en torno a un verbo: “regresar.” De ahí sale “Volverse Palestina” y, luego, *Palestina en pedazos*.

¿Qué se ilumina en esa continuidad entre estos textos y entre estos territorios?
Algo decisivo:

1) Por un lado, un modelado de la violencia pasa por la mutilación de los cuerpos y la administración de la debilidad como modo de gobierno (el “derecho a mutilar”, dice Jasbir Puar (2017), es la inflexión contemporánea de la biopolítica: volveremos sobre esto.) Meruane lee la respuesta ante la insurrección en Santiago y su eje en la mutilación ocular en el marco de una mutación planetaria en la gestión de la violencia: algo nuevo recorre el mundo en las artes de violentar cuerpos y poblaciones; encuentra un epicentro en Santiago y un laboratorio en el Estado de Israel. Eso nuevo pasa por una *gestión del debilitamiento* más que de la muerte: un umbral bio/necropolítico que no se enfoca solamente en la muerte como monopolio reclamado por los poderes soberanos sino por el debilitamiento, la mutilación, la ablación, el cercenamiento de cuerpos y de sus condiciones básicas de persistencia –el debilitamiento explícito, espectacularizado, de las infraestructuras de la vida–; formas de violencia, de crueldad y de afirmación brutal de poder sin que necesariamente se ponga en el centro de la apuesta la muerte (es decir, la apuesta *tanatopolítica* clásica heredada de los genocidios del siglo XX, desde el Holocausto de la Alemania nazi a las dictaduras latinoamericanas de los 70s y 80s.)

2) ahora bien, siguiendo el argumento desarrollado por Lazzarato (2024), este modelado de la violencia tiene lugar al interior de las democracias liberales y de su marco jurídico: no es una violencia parapolicial o paramilitar, ni tampoco el “estado de excepción” teorizado por Schmitt y Agamben. Es un régimen de violencias toleradas, vueltas aceptables por democracias que albergan cada vez con mayor hospitalidad tecnologías de brutalidad y crueldad que encontraron su punto de realización extremo, desde luego, en el genocidio en curso sobre población palestina por parte del Estado de Israel. Lazzarato argumenta que lo que vemos desplegarse alrededor de Palestina por parte del Estado de Israel, como en otros escenarios de reconfiguración de la guerra, es una reinscripción de la violencia colonial propia del siglo XIX que re-emerge de manera explícita y desde el interior de los regímenes democráticos en respuesta a los nuevos modos de acumulación capitalista:

“La hipótesis de la colonización generalizada” —escribe Lazzarato— “es diferente del concepto de neocolonialismo que se limita a definir los nuevos métodos del colonialismo, pero trazando la división Sur/Norte como tal. (...) El capitalismo, una vez terminada la colonización, comenzó también a “colonizar” la composición de clases de los países del Norte, no solo porque los inmigrantes y ciudadanos de origen “colonial” son ahora millones, sino también porque el trabajo debe volver a ser “servil” (precario, se dice más amablemente) como siempre ha sido en las colonias” (Lazzarato, 135)

No se trataría, así, de una inflexión de la gestión del disciplinamiento colectivo al que el neoliberalismo nos tiene acostumbrados; al menos, no se trataría sólo de eso, sino también de una reactivación del poder como máquina colonial en torno a una docilización aún más brutal (“servil”) de los cuerpos y de los territorios como núcleo del modo de acumulación que necesita el presente del capital.²

Palestina epitomiza, desde esta perspectiva, una tecnología de violencia colonial legitimada al interior de las democracias liberales. Ahí Palestina como el *modelado de violencias*: el campo de ensayos de lo que un ejército puede hacer contra poblaciones sin que haya mayores consecuencias internacionales. Como por ejemplo: mutilar cuerpos.

La crónica que Meruane (2021a) hace de la insurrección de Chile en “Matar al ojo” me interesa, en este sentido, como una radiografía (para recordar, de paso, el poder del ojo y de las imágenes) de la violencia del presente. Un desplazamiento fundamental: si veníamos pensando la violencia sobre las lógicas de la bio/necropolítica, es decir, la violencia como administración de la frontera entre la vida y la muerte y como disciplinamiento de cuerpos y poblaciones en el marco de un proyecto de asimilación, docilización y control estatal-nacional, como vimos en el siglo XX. Lo que emerge con este modelado de la violencia son los modos en que explícitamente fracciones de población o poblaciones enteras son declaradas prescindibles y target de tecnologías de debilitamiento y de cercenamiento de sus infraestructuras vitales. Del cuerpo y la Vida como patrimonio biopolítico a defender y a inmunizar de sus amenazas, a una gestión más fragmentada, divisoria, multiplicada en la que poblaciones, territorios e infraestructuras se vuelven el objetivo de estrategias de debilitamiento como parte de regímenes de violencia “democráticos.” El modelado de la violencia tiene lugar sobre esa mutación decisiva.

Regreso a la tierra restada

Todo *Volverse Palestina* gira en torno a una palabra clave: *regresar*. Así empieza: “Regresar. Ese es el verbo que me asalta cada vez que pienso en la posibilidad de Palestina” (Meruane 2021b, p.17). El regreso se conjuga en torno a lo que Meruane llamará una “tierra restada”: volver a una Palestina vuelta desposesión, una tierra en asedio y disputa, una tierra amenazada en su misma existencia. La diáspora palestina —donde Meruane se descubre, como vimos, de manera inesperada—, a diferencia de

² El argumento de Lazzarato, desde luego, se enfoca en la interrogación sobre la reconfiguración de la guerra en el contexto contemporáneo, en diálogo directo con la teoría política, y no, desde luego, en los complejos procesos históricos que desembocan en el presente.

Por su parte, Andreas Malm (2024) hace un argumento. Dice que “la destrucción de Palestina es la destrucción de la Tierra”: que hay una sintonía histórica entre la imaginación colonial que se juega en torno extractivismo de energía fósil propia de finales del siglo XIX y el surgimiento de las visiones sionistas de la ocupación de Palestina. Esa sintonía histórica —que desde luego no es privativa ni del sionismo ni de los planes de ocupación de Palestina: se verifica en otras latitudes— es indicativa, para Malm, de una imaginación colonial que determina los modos de comportamiento del Estado de Israel ante la población y el territorio palestino. Palestina, dicho de otro modo, se vuelve el laboratorio de violencia estatal-colonial disponible para las nuevas formas de acumulación: establecimiento de “racial colonies” (colonias raciales) como tecnología de ocupación de territorios destinados a modos de acumulación primitiva. Por eso, dice Malm, que la destrucción de Palestina es “la destrucción de la Tierra”: un modo de violencia colonial que tiene orígenes en la modernización fósil y que en el presente se conjuga sobre la nueva fase de acumulación originaria en contextos de recursos energéticos cada vez más escasos y caros. Ver Malm, A., “The Destruction of Palestine is the Destruction of the Earth”, <https://www.versobooks.com/en-gb/blogs/news/the-destruction-of-palestine-is-the-destruction-of-the-earth>

otras diásporas, no se juega en torno a una tierra que se abandona pero que permanece sino un territorio y un mundo bajo el signo de su desaparición pero también bajo el signo de la resistencia más férrea. Meruane publica la primera versión de *Volverse Palestina* en el 2014; diez años después, a partir de octubre 2023, desde luego, todo se reinscribe, se potencia y escala de modos todavía sin resolución: un punto de inflexión de consecuencias todavía desconocidas. Pero hacia 2014, Meruane escribía:

El regreso frustrado de mis abuelos. La negativa de mi padre. Mis indecisiones. El silencio del mundo mientras se les sigue restando tierra a los palestinos. Todos los juicios en los que se les ha negado la voz. Una historia llena de sujetos por donde se cuelan los regresos y se cortan los vínculos, la vida. Sumarle a esa resta, me digo. Volver a Palestina. Volverme. (Meruane, 2021b, p.50)

Sumarle a esa resta: ahí hay una fórmula. Palestina es la *tierra restada*, la tierra que se licúa como Palestina y se ocupa y se nombra bajo un nuevo régimen colonial. Regresar a eso: ahí está la apuesta de Meruane. No puedo reconstruir aquí la complejísima trama histórica que lleva a la creación del Estado de Israel en 1948 y sus consecuencias sobre el territorio y la población palestina. En todo caso, sí subrayar lo que desde ese momento define para la escritura de Meruane: *la figura del Palestino como figura de la desposesión territorial, del expulsado de una tierra propia*. 1948: el mismo año de la Declaración de los Derechos Humanos, que se conjugaba en torno a la figura del Judío como encarnación del refugiado, generaba este movimiento en su revés: la figura de la desposesión territorial como práctica de un Estado de Israel que, en un vértigo inigualable en las últimas décadas y sobre todo en los últimos años, entregó al *colono* su línea de choque y la encarnación de su política³. Esa figura del Palestino, quiero sugerir, como encarnación de la desposesión territorial se vuelve espejo planetario: es el espejo en el que se reflejan la miríada de tecnologías de violencia colonial sobre las que descansa un nuevo régimen de acumulación del capital. Ahí se traza el eje Palestina-Chile que Meruane cartografía en su escritura. Ahí Meruane se pregunta y piensa la cuestión del regreso.

Es significativo cómo el texto piensa el estatuto del *refugiado* y sus ambivalencias para pensar la pregunta por la diáspora palestina: “la palestina es la comunidad de refugiados más grande del mundo”, le dice una interlocutora a Meruane. El desplazamiento marca esa figura en relación a una tierra en disputa perpetua: la tierra siempre a punto de ser borrada pero que resiste. Por eso el regreso como posibilidad se reconvierte siempre en reivindicación. Regresar quiere decir: tener adónde regresar. (Meruane, 2021b, p.92)

Meruane le presta especial atención a la toponimia y a la gestión de los nombres y de los actos de nominación como actos de proyección soberana:

Sé que Golda Meir llegó a afirmar que “no existía tal cosa” como un pueblo palestino. Y no sorprende: la negación de ese apelativo obedecía al esfuerzo sistemático por borrar a esa población del

3 Ver al respecto Bento, B. (2024).

mapa. (...) Durante mucho tiempo se insistió en que Judea y Samaria debían ser la *única* toponimia legal. (Meruane, 2021b, p.130)

La política de la nominación, sabemos, es un núcleo decisivo de toda lógica colonial. En este sentido, argumenta Meruane, el sionismo obedece a la más clásica operativa de toda conquista territorial conjugada en torno a “dos tesis”:

La primera: que esa zona estaba *deshabitada*: ellos, los millones de judíos sin tierra, merecían poblar esa “tierra sin gente.” La segunda: que se trataba de tierras baldías: ellos, los judíos, fertilizarían el desierto y lo volverían provechoso. (Meruane, 2021b, p.135)

Las resonancias con las retóricas coloniales latinoamericanas, pasadas y presentes, son nítidas: la figura del desierto, la ocupación territorial bajo la promesa de la revivificación son matrices discursivas e imaginarias sobre las que se asienta toda lógica colonial moderna ⁴. Es esta operación a la vez soberanista y colonial la que debemos situar al interior de sociedades democráticas: ahí es donde se especifica, quiero sugerir, el modelado de las violencias que redefinen los marcos de violencia –“marcos de guerra” diría Butler– que reconfigura el presente. Se objetará, con razón, que las democracias siempre albergaron regímenes y tecnologías de violencia, incluso de crueldad. Achille Mbembe (2016) recuerda sistemáticamente la gramática colonial que subtiende las democracias liberales y por lo tanto su tolerancia hacia formas diversas de brutalidad (Mbembe, 2016). Pero no, podemos pensar, en la escala de exhibición y espectacularización que muestran en la inflexión presente. Ese es, quiero, sugerir, el signo de nuestro tiempo: ahí debemos leer el remodelado de la violencia.

La ciudad- yacimiento

Para entender este modelado de la violencia, entonces, tenemos que pensar no sólo cómo se conjugan tecnologías de poder, modos de disciplinamiento y pedagogías de la crueldad sino, sobre todo, cómo se albergan en el interior de los discursos sobre la violencia legítima en las democracias contemporáneas. Estamos, como se advierte, en ese terreno difuso en el cual el neoliberalismo muta hacia otra versión de sí mismo más nítidamente identificado con la guerra de lo que la gubernamentalidad neoliberal de los 80s y 90s permitía. En cualquier caso, lo que emerge es un modelado de la violencia sin pacificación como horizonte final: la “guerra civil” como modo de gobierno (Lazzarato, 2024) y en el que los modos de desposesión territorial y de debilitamiento de las infraestructuras mismas de los modos de habitar reinscriben modos coloniales de violencia en los que se reactivan memorias del siglo XIX y sus procesos de acumulación originaria.

“Matar al ojo” (Meruane, 2021a) capta esta mutación de la violencia precisamente en lo que rodea al hecho central de la crónica, el ataque deliberado a los ojos por parte de las fuerzas represivas –si el foco cae en la agresión ocular como

4. Ver al respecto Povinelli, E. (2016); Javier (2020). Dicho sea de paso, respecto de la política de nominación, un episodio demuestra el relanzamiento de la lógica colonial al interior de los estados democráticos. Antes de la primera visita de Bóric como presidente a la Argentina, su entonces primera ministra del Interior había mencionado el Wallmapu para referirse a los territorios mapuches, tanto en Chile como en Argentina. El senador Pichetto exigió disculpas oficiales del gobierno chileno: la mera pronunciación de la palabra Wallmapu representaba, dijo, una amenaza a la soberanía argentina. Ver <https://radiomitre.cienradios.com/nuestro-aire/alguien-tiene-que-decirlo/miguel-angel-pichetto-esta-en-riesgo-la-soberania-nacional/>

tecnología de violencia, la crónica-ensayo trabaja *lo que rodea* ese foco, el reborde de una realidad en mutación y en disputa—. “Matar al ojo” es, en tal sentido, un ejercicio para captar las emergencias que hablan de un presente en ciernes: lo que despunta, sin ser del todo evidente, en eso que pasa.

Hay un momento en el comienzo mismo del ensayo que me parece decisivo, y sobre el que quiero detenerme. Como se recordará, las protestas en Santiago se dispararon ante un aumento del precio de transporte: 30 centavos que se convirtieron en el emblema de los 30 años de la transición democrática (“no son los 30 centavos, son los 30 años” rezaba una de las pintadas.) Ante la intensidad de la movilización, el entonces ministro de economía Fontaine sugirió que “quien madrugue pueda ser ayudado con una tarifa más baja.”⁵ La respuesta social fue inmediata: más furia, burla. Escribe Meruane:

Como si [los trabajadores] no tuvieran hijos esperándolos, Andres, padres, parejas convenientes. Como si no hubiera tantas mujeres en la fuerza laboral necesitando llegar a casa. Como si lo más lógico fuera que todos ellos pernoctaran en el lugar de trabajo, para ahorrar. *Como si la ciudad hubiese sido declarada un yacimiento* y los trabajadores debieran instalarse en las inmediaciones, o joderse, y cobrar en fichas y joderse, aceptar calladamente el jodido abuso. (Meruane, 2021a p. 21, el subrayado es propio)

“Como si la ciudad hubiese sido declarada un yacimiento”: me interesa esta comparación porque creo que pesca algo clave de lo que está en juego en la inflexión histórica que capta este texto. No es solamente la lógica de hiperexplotación neoliberal en la que el tiempo del trabajo se expande hacia el tiempo del transporte y donde la vida del trabajador se consume en la de su empleo; es algo más: la de una ciudad vista como yacimiento, como *frontera de extracción* de la que se obtiene plusvalía lo más rápido posible y de las maneras más diversas. Como si el tiempo de la vida del trabajador no tuviese más límites ante la demanda incesante e intensificada del capital, de la misma manera que sucede en los yacimientos propiamente dichos de extracción minera o fósil.⁶ Esa ecuación entre ciudad y yacimiento se conjuga sobre el cuerpo de trabajador urbano: esa fusión debe interesarnos porque habla de una lógica de la acumulación que ya no necesita preservar de manera siquiera mínima las condiciones de vida del trabajador, sino que sueña, como en la boutade del ministro, con cuerpos disponibles a toda hora, descartables, para una acumulación que no reconoce ningún límite a su voracidad.

Como sucede en las zonas de sacrificio de las fronteras de extracción. Sobre ese fondo es donde debemos, quiero sugerir, situar el modelado de las violencias que pasan por la mutilación antes que la muerte como disciplinamiento extremo de trabajadores que son pensados, imaginados, y desde ahí *marcados* en su disponibilidad *absoluta* para las demandas del capital.

5. <https://eldesconcierto.cl/2019/10/08/el-que-madrugue-sera-ayudado-el-consejo-del-ministro-fontaine-ante-las-alzas-del-transporte-publico>.

6. Alicia Vaggione (2024) le presta especial atención a esta dimensión de la crónica de Meruane.

Hay otro momento en “Matar al ojo” (Meruane, 2021a) que quiero subrayar, y que, además de resonar de manera bastante nítida con el “yacimiento” de la cita anterior, reconstruye una trama de entrenamientos policiales y militares que determinan de modo decisivo lo que aquí llamamos el re-modelado de las violencias. En su crónica de las protestas del 2019 y 2020, Meruane evoca las protestas por el asesinato de Camilo Catrillanca, sucedido en el 2018. Catrillanca era un comunero mapuche brutalmente asesinado por la espalda en Temucuicui, en la Araucanía, y que se volvió un caso paradigmático en torno a la recurrente violencia anti-mapuche del Estado chileno⁷.

Escribe Meruane:

Un ojo insondable y otro parchado en el reconocible rostro de Camilo Catrillanca, el comunero mapuche asesinado por la espalda. (Meruane, 2021a, p.49)

Nos habíamos manifestado por Catrillanca el año anterior, ahí mismo, en la zona ahora ciega, cerca del cerro que los Mapuche conocían como Huelén y que los españoles, en plena fundación, decidieron dedicarle a Santa Lucía (...) (Meruane, 2021a, pp. 49-50)

Esta mención de las protestas en torno al caso Catrillanca es significativa en dos sentidos al menos. Por un lado, pone una genealogía del levantamiento urbano en una protesta sobre un hecho en la Araucanía, trazando un anudamiento entre la violencia rural y la urbana y entre las comunas indígenas y la ciudad. *Lo que se ensaya primero sobre el cuerpo de los indios* –con el permiso de sociedades obstinadamente racistas– *se termina proyectando sobre la población en general; lo que pasa en las fronteras de extracción retorna al centro mismo de la nación*. La ciudad-yacimiento adquiere, entonces, plena encarnación en esta contigüidad, bajo el signo de la violencia colonial, entre Araucanía y Santiago, entre los cuerpos indígenas y la población “en general.”

Por otro lado, y de maneras decisivas para el argumento que quiero hacer aquí, el asesinato de Catrillanca es el ejemplo claro de una transformación de las tecnologías de represión en sociedades neoliberales que no ahorran capital (esto es: dinero y poder) en nuevos métodos de violencia sobre los cuerpos. Catrillanca fue muerto por un tiro en la espalda mientras manejaba un tractor junto a un acompañante. El disparo salió de un grupo de carabineros que respondía a un llamado por un robo, en el cual Catrillanca ni su acompañante tenían nada que ver. Una muerte al azar de un indio, sin enfrentamiento alguno –un ejemplo, entre tantos, de la impunidad absoluta de las fuerzas de seguridad chilenas–.

El hecho, sin embargo, adquiere características singulares cuando nos enteramos que el comando de carabineros era un comando especial llamado «Grupo de Reacción Táctica» y que se diferencia por su formación orientada a enfrentar situaciones de particular intensidad de violencia.⁸ Este comando fue entrenado en Colombia a cargo del llamado “Comando Jungla”, “unidad de operaciones especiales” formada al calor del Plan Colombia, y que se encarga del combate contra el

7. https://es.wikipedia.org/wiki/Homicidio_de_Camilo_Catrillanca

8. Para más información ver: https://es.wikipedia.org/wiki/Homicidio_de_Camilo_Catrillanca

narcotráfico y el crimen organizado. Un comando especial destinado al combate del narcotráfico en Colombia entrena a otra unidad especial, destinada a la Araucanía chilena a reprimir el conflicto mapuche: de la selva a la Araucanía, la “jungla” nombra los métodos de represión.

Esta militarización de la violencia policial que, desde luego, se replica en múltiples puntos del planeta, lo que se resuelve en la mutilación como tecnología represiva que hilvana la crónica en “Matar al ojo”. Subrayo el desplazamiento de un tipo de violencia que tenía lugar, más típicamente, en fronteras extractivas y que ahora se escenifica de manera espectacular en territorios urbanos, en el núcleo, podemos pensar, de la polis y en el corazón de la pregunta por la democracia. Ahí la “zona ciega” de la que habla Meruane, como escenificación del corazón brutal de las democracias contemporáneas, que se revelan sistemáticamente incapaces o sin voluntad de contener políticamente los comandos cada vez más directos del capital, allí donde los cuerpos se vuelven, como la ciudad misma, *yacimiento*.

Cacería de ojos

La crónica-ensayo de Meruane sigue el hilo de la agresión ocular como laboratorio de violencia en el presente: ahí se lee lo que ilumina la trama entre Santiago y Palestina. Meruane hace un paneo global sobre los lugares donde tuvieron y tienen lugar episodios de mutilación ocular, desde el “cazador de ojos” del levantamiento en Egipto en 2011 hasta las protestas indígenas en Quito en el 2019. En ese paneo, Palestina adquiere especial relevancia, dada la centralidad que adquiere la mutilación como técnica de represión de la población por parte del ejército israelí:

Hurgando en el archivo digital de los periódicos más rebeldes averigüé que el asesinato del ojo era una táctica ya aplicada por Israel. No bastándole con balear las piernas palestinas o quebrarlas a golpes por arrimarse a la orilla proscrita de su propia tierra, o romperles por arrojar piedras o por sostener pancartas, Israel llevaba tiempo disparándoles directamente al ojo sin que a este hecho violento, como a tantas violencias israelíes, se le hubiera prestado suficiente atención. La matanza del ojo se acrecentaría a partir del movimiento Gran Retorno en 2018 se contaba cincuenta glóbulos masacrados. La gazatí Mai abū Ruwayda declaraba haber visto que un soldado la enfocaba con su pupila marcial y se la señalaba, amenazante, antes de dispararle precisamente ahí, y no es ella la única mujer cegada que guarda en el ojo inerte el rostro del hombre que la cegó (...) (Meruane, 2021a, p.36)

Y continúa en otro fragmento:

Parches cuadrados ovalados sobre los ojos contusos o bien ocultos bajo ampollados anteojos de espejo. Parches cubriendo

los rostros del avistaje callejero y de las noticias: dos osados presentadores de Televisión Palestina se presentaron en pantalla con el párpado izquierdo cubierto de gasa para solidarizarse con el fotoperiodista Mua' az Amrneh, cegado por la Fuerza de Defensa Israeli mientras cubría una protesta pacífica en la ocupada Palestina. Era el último en una numerosa saga de periodistas desojados a los que se sumaban los ciudadanos del mundo. (Meruane, 2021a, p.37)

El ataque a los ojos adquiere especial relevancia en el caso palestino por una razón bastante evidente: el despliegue de la mutilación como técnica de represión y gestión tanto de las protestas como de la población en general. Jasbir Puar ha estudiado esto de manera impecable: no se trata ya, dice, de la tanatopolítica heredada del siglo XX y analizada por Foucault en términos de una gestión de la vida y la muerte, sino que se trata de otro régimen enfocado en el *debilitamiento* administrado de los cuerpos y las poblaciones, régimen en el que no es necesariamente la muerte el horizonte principal buscado por las fuerzas de represión sino, más bien, la mirada de métodos, decisiones, gestiones, obturaciones, “olvidos” y abandonos a través de los cuales se debilita sistemáticamente a una población, Puar denomina “the right to maim” [el derecho de mutilar] a ese régimen:

The right to maim supplements if not replaces “the right to kill.” Maiming as intentional practice expands biopolitics beyond simply the question of “the right of death and power over life.” Maiming becomes a primary vector through which biopolitical control is deployed in colonized space and hence not easily demarcated “necromancias” as it is mapped in Mbembe’s reworking of biopolitics. (Puar, 2017, p.136)

Puar continúa argumentando que “maiming (...) triangulates the hierarchies of living and dying that are standardly deployed in theorizations of biopolitics” (Puar, 2017, p.137).

La mutilación antes que el asesinato; el daño parcial permanente de los cuerpos antes que su eliminación total: aquí se conjuga, dice Puar, un nuevo régimen o un nuevo modelado de la violencia, en el que Palestina es el laboratorio y que se despliega a escala global –por ejemplo, en Santiago de Chile–.

Desde luego, Puar elaboró este argumento hace cerca de diez años; evidentemente, los hechos recientes y en curso en Gaza exigen su reevaluación. Sin embargo, y sea cual sea la reevaluación que hagamos a partir de la experiencia presente –y que sitúa, una vez más, a Palestina como laboratorio global de violencias–, la técnica de debilitamiento que Puar identifica como central desarrollo del ejército israelí sobre cuerpos palestinos es parte del nuevo repertorio global cada vez más reconocible y validado.

Reconocible y validado al interior de las llamadas “democracias”. Escribe Meruane:

El imperativo de toda guerra: destruir el cuerpo enemigo. (...) ¿Era matar *más efectivo* que tomar prisioneros o mutilar enemigos a los que había que mantener vivos? ¿Era matar *más efectivo* que mutilar? ¿Sería cierto que mutilar era ahora políticamente *más aceptable*? (Meruane, 2021a, p.38)

Cabe preguntarse, con Puar y Meruane, si el *régimen de la mutilación* y la *administración de la debilidad* son las tecnologías de violencia más asequibles para democracias que, manteniendo la tenue apariencia de derechos ciudadanos, no quieren limitar su capacidad de daño ante cualquier límite que las sociedades quieran imponer a las demandas del capital y a su expresión en figuras de poder soberano cada vez más aceptablemente brutales en el interior mismo de lo democrático. Esto es, si junto a los muertos –que, desde luego, siguen poblando el paisaje de las democracias contemporáneas: Catrillanca (o Rafael Nahuel en el caso argentino) como paradigma– no empieza a emerger este otro “marco de inteligibilidad” de la violencia que se alberga en el corazón de las sociedades democráticas, y *no como su excepción*, y que hacen de la mutilación y el debilitamiento la técnica central de la gestión de las violencias.

Hablar de administración del debilitamiento implica también, tal como lo señalan Mbembe y Puar, destrucción de infraestructura y por lo tanto de la capacidad de habitar y de persistir: una gestión no exactamente de la muerte sino de la precarización intensificada de la existencia.

Tal marco de inteligibilidad de la violencia pasa por un cálculo en torno al debilitamiento y el daño. Cálculo no sólo en términos de la anticipación –una técnica de violencia que se espera tenga ciertos resultados– sino sobre todo en una suerte de cálculo legal: mutilar no es matar; es un daño menor que entra en los daños colaterales de situaciones de violencia. Una suma y resta de porcentajes.

Escribe Meruane:

“Esa violencia que las democracias consideran *más legítima* por ser *menos letal*.”

“¿Que implica *menos letal*? ¿Que causa un *menor* número de muertes? ¿Que produce *menos* daño al herir? ¿Que mata sólo una “parte del ser” (...)?”

“Más. Menos. Más” (Meruane, 2021a, p.39)

Ese cálculo, ese “más, menos, más” es, podemos pensar, *la lógica de violencia que horada desde su interior* –como “*violencia legítima*”– los regímenes democráticos del presente. Ya no, como decíamos más arriba, la violencia parapolicial o paramilitar ni tampoco el “estado de excepción”: es el régimen a través del cual las democracias intentan a la vez responder sumisa y directamente a los dictados del capital en su fase de acumulación (post?)neoliberal presente y mantener, ciertamente de modos

cada vez más tenues, la apariencia de un estado de derecho. El Estado de Israel como paradigma, las ultraderechas replicando, en las inflexiones locales del caso, el modelo. El modelo de la “guerra civil” (Lazzarato, 2024) como reinstanciación de la guerra colonial a escala planetaria; la tarea de las ultraderechas es, nítidamente, el desmontaje de lo que quede de derechos democráticos para una sumisión cada vez más explícita e intensa a los dictados del capital.

De la *zona cero* a la *zona ciega*

Hacia el final de “Matar al ojo” Meruane renombra la “zona cero” que fue el epicentro de las protestas en Santiago: dice que es “la zona ahora ciega” en la que emergen las luchas. Interesante la reapropiación: ante el poder que enceguece, que mutila la visión, la zona misma se vuelve opaca, ciega. Esto se dramatiza de manera espectacular cuando las manifestaciones empiezan a poblarse de rayos láseres manuales que encandilan a las fuerzas represivas: enceguecer antes de que lleguen a mutilar. Teatro de los cuerpos ahí donde ya no es posible tener una mirada diagnóstica, un espacio de claridad, un mapeo o, como decíamos hasta no hace mucho, una cartografía: “nuestra zona ciega se volvió un enjambre inalámbrico de galáctico neón.” (Meruane, 2021a, p. 51)

Cabe preguntarse si esa “zona ciega” no es el emplazamiento de las luchas del presente: una zona opaca en que los cuerpos no son únicamente perseguidos y violentados sino donde también afirman las capacidades, la decisión y fuerza para defender y habitar los territorios de los que se los quiere desposeer; si esa “zona ciega” no es el territorio que se disputa allí donde las condiciones mismas de la vida están en juego y en disputa, y que ya no es la esfera pública como tal como escenario donde se expresan y se debaten las gramáticas de lo común sino más bien una zona de visibilidad disputada –justamente ahí donde se apuesta por ciertas formas de ceguera, y donde apuesta también a limitar la vigilancia represiva– en la que se miden las fuerzas en cuestión. Teatro de guerra y de fuerzas, más que escena de expresividades y debate: la zona ciega como territorio político del presente.

Interesantemente, la “zona ciega” se resuelve en el final del texto desde el espacio hacia el tiempo: irrumpe la pandemia, queda un tiempo suspendido:

Y cuando arrecia la pandémica peste trocamos las capuchas y los pañuelos prohibidos por mascarillas obligatorias que igualmente condensan nuestras caras e apenas dos ojos. Con esos ojos y el cuerpo en tensión caceroleamos desde los balcones prometiendo que la revuelta sólo se ha interrumpido, que seguimos despiertos, que somos miles de ojos brillando, bramando, aullando, vivos en la oscuridad. (Meruane, 2021a, p.54)

Hoy sabemos todo lo que sucedió después de la pandemia: elecciones, triunfo de Boric, muerte de Piñera, derrota electoral de la nueva constitución, acecho de la

ultraderecha chilena. Creo, sin embargo, interesante retener ese tiempo de promesa: el de esa “zona ciega” en la que los ojos siguen brillando, “vivos en la oscuridad.” Dado que el remodelado de la violencia que se dramatizó en la insurrección chilena matrizó también otros modos de las luchas: las zonas ciegas del presente son la instancia de nuevos juegos entre lo visible y lo opaco, entre lo público y lo contrapúblico, entre topografías de lo político para las cuales necesitamos nuevos sensores y las escrituras contemporáneas operan allí como un sensor que avanza a tientas a través de los vectores subterránea del presente.

Bibliografía

- Bento, B. (2024). “Por qué Israel quer calar o mundo?” Recuperado el 30 de agosto de 2024 de OutrasPalavras <https://outraspalavras.net/direita-assanhada/por-que-israel-quer-calar-o-mundo/>
- Durán Rojas, C. & Vetö Honorato, S. (2021). “La “rostridad” en el estallido social chileno de 2019: acerca de la estrategia político-policia de mutilación ocular” *Logos, Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 31(1), pp.202-217. doi.org/10.15443/RL3112
- Javier, (2020). *The Desert Makers. Travel, War and the State in Latin America*. Routledge
- Malm, A. (2024). “The Destruction of Palestine is the Destruction of the Earth”, Recuperado el 30 de agosto de 2024 de Versobooks <https://www.versobooks.com/en-gb/blogs/news/the-destruction-of-palestine-is-the-destruction-of-the-earth>
- Mbembe, A. (2016). *Politiques de l’inimitié*, La Decouverte.
- Meruane, L. (2021a). *Zona ciega*. Random House.
- Meruane, L. (2021b). *Volverse Palestina*. Random House.
- Lazzarato, M. (2024). *Hacia una nueva guerra mundial?* Tinta Limón.
- Povinelli, E. (2016). *Geontologies. A Requiem to Late Liberalism*, Duke University Press.
- Puar, J. (2017). *The Right to Maim. Debility, Capacity, Disability*, Duke University Press.
- Uriarte, J. (2020). *The Desert Makers. Travel, War and the State in Latin America*, Routledge.
- Vaggione, A. (2024). Un daño magnificado. “Matar el ojo” en Zona ciega de Lina Meruane”. En Boero, S. y Vaggione, A. (comp.) (2024). *Partículas de tiempo. Esbozos críticos sobre ficciones latinoamericanas contemporáneas*. Editorial del Centro de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales, UNC.